

Unidos, que confiaron anticipadamente en que el ejército inglés sería completamente derrotado. En su consecuencia escitóse á la milicia á que contribuyera á la obra tan felizmente comenzada, y así el ejército del general Gates, que escedia muy poco de siete mil hombres, se aumentó poco despues considerablemente.

Viendo Burgoyne cuán crítica era su situación y que no le quedaba mas alternativa que batirse ó perecer de hambre, prefirió lo primero, como era natural, tanto mas cuanto que no le era ya posible sostenerse sino cinco dias, es decir, desde el 7 al 12 de octubre, siendo por lo tanto de todo punto preciso dar un golpe decisivo, único medio que en su concepto le quedaba para salir de su angustiosa situación. No atreviéndose á sacar de las líneas mas de quinientos hombres de tropas regulares, destacólos el dia 7, tanto para proteger una partida de forrajeadores como para ver si conseguirían dar la vuelta por el ala izquierda de los americanos, que desde la primera batalla se habia reforzado considerablemente. Despues de una ligera escaramuza comenzó un combate formal á eso de las dos de la tarde. El ala derecha de los ingleses marchaba á las órdenes del conde Balcarras; la izquierda á las del mayor Ackland, y la artillería á las del mayor Williams, en tanto que los generales Philips y Reidesel mandaban el centro. El general Fraser se encargó de quinientos hombres escogidos que debían caer sobre el flanco izquierdo de los americanos en el momento mas crítico. Gates que comprendió aquel desigmo, dispuso que Morgan con sus tiradores y otras tropas tres veces superiores en número á las de Fraser marchasen contra este oficial mientras que una considerable fuerza atacaba el ala izquierda de los ingleses.

Los límites de nuestra historia no nos permiten estendernos en detalles que por otra parte no son muy importantes; baste decir que ambos ejércitos se batieron con valor, haciendo todos los esfuerzos posibles para obtener la victoria. La batalla se prolongó durante todo el dia con inusitada furia, y Arnold, semejante al espíritu de la guerra ó al ángel del estermínio, se halló siempre en todas partes escitando á sus hombres á la pelea. El intrépido general Fraser cayó mortalmente herido, y dominado al fin Burgoyne por el número de sus enemigos, acosado por todas partes, retiróse por último á su campamento con gran dificultad, abandonando su material de guerra y la mayor parte de su artillería. El teniente coronel Breyman perdió la vida, y los mayores Williams y Ackland, el último de los cuales estaba herido, cayeron prisioneros (\*). Los ameri-

(\*) Es digno de mención lo que dice Tacher en su *Diario Militar* al hablar de la noble esposa del mayor Ackland. «Esta heroica señora, impulsada por su afecto conyugal, resolvió seguir la suerte de su esposo durante toda la campaña. Acostumbrada á esa vida de comodidades de que solo pueden disfrutar las personas favorecidas por la fortuna, su delicada naturaleza apenas podia soportar las infinitas privaciones y fatigas á que se vió espuesta durante toda la campaña, pues á pesar de que iba en un pequeño vehículo de dos ruedas tirado por un solo caballo, los caminos eran las mas de las veces impracticables. Poco despues de recibir la sensible noticia de que su esposo se hallaba herido y prisionero, dió pruebas de su ternura al resolver ir á visitarle á nuestro campamento para consolarle y mitigar sus padecimientos. Con este fin obtuvo una carta del general Burgoyne para el general Gates, y tomando un bote, dirigióse con algunos de sus criados al campamento enemigo, donde llegó por la noche sufriendo mucho á causa de la humedad y el frío. El centinela detuvo el bote en cumplimiento de su deber hasta que llegó el oficial de guardia, mayor Dearborn, quien permitió á Lady Ackland y á sus servidores que desembarcaran, ofreciendo de paso á la esposa del general inglés cuantas comodidades le era posible dispensar en semejantes circunstancias. Cuando á la mañana siguiente supo el general Gates cuál era la triste situación de Lady Ackland, nombró al momento una escolta para que la acompañase, tratándola él mismo con el afecto de un pariente y disponiendo que se la dispensaran todas las consideraciones que merecía por su rango, sexo, carácter y cir-

canos, cuyas pérdidas eran comparativamente insignificantes, estuvieron toda la noche sobre las armas, á cosa de media milla de las líneas inglesas, con la intención de renovar el ataque á la mañana siguiente.

Durante la noche Burgoyne se alejó con el mayor sigilo de una posición que ya no podia sostener, trasladando todo su ejército á otra situada en las alturas de la derecha del rio, donde podria defenderse mucho mejor. Mientras se practicaba este movimiento fué conducido el general Fraser, ya moribundo, á una casa ocupada por la baronesa Reidesel, que en medio del estruendo de la artillería estaba esperando la llegada de su esposo y de los generales Burgoyne, Philips y Fraser para comer. Poco despues condujeron al mismo sitio á otros oficiales heridos y á poco las habitaciones de la baronesa, quedaron convertidas en un hospital de sangre. Durante la noche oyóse á Fraser exclamar con frecuencia: «¡Oh fatal ambición! ¡Pobre general Burgoyne! ¡Pobre esposa mia!» El moribundo manifestó deseos de que le enterrasen á las seis de la tarde del dia siguiente en el gran reducto, y al fin espirió á eso de las ocho de la mañana. Aunque se habia resuelto la retirada y era muy peligrosa toda dilación, el general inglés no pudo menos de detenerse algunas horas á fin de cumplir con la última voluntad de su intrépido compañero de armas, de modo que el dia se pasó escaramuceando con el enemigo y haciendo preparativos para la marcha. A las seis de la tarde envolvióse en una sábana el cuerpo del difunto general, y todos los demás jefes formaron el acompañamiento del entierro en fúnebre procesion, á la vista de ambos ejércitos. Los soldados ingleses, que adoraban á Fraser,

(\*) Marshall y Gordon consignan un hecho que demuestra en qué peligro se vieron los americanos en la vispera

vieron alejarse sus restos mortales con profunda pena, en tanto que la artillería americana continuaba sus disparos desde el reducto. Al llegar á la cima de la colina detúvose la procesion, y el capellan, sin hacer aprecio de las balas que levantaban la tierra á sus mismos piés, rezó con la mayor calma y serenidad el oficio de difuntos.

Terminada esta piadosa ceremonia, todo el ejército se puso en movimiento. Los enfermos y heridos quedaron abandonados á la merced de los americanos, que los trataron con gran humanidad, y durante toda aquella noche, á pesar de la lluvia, el barro y el mal estado de los caminos, el ejército inglés fué avanzando lentamente hasta las seis de la mañana, en que hizo alto. Los soldados, que estaban rendidos, no pudieron resistir al sueño y otro tanto sucedió á los oficiales, mientras que las señoras que seguían á las tropas sufrieron las mismas privaciones con sin igual entereza. A fin de cubrir mejor la retirada, Burgoyne dió orden para que se destruyera el puente de Fishkill Creek, disponiendo al mismo tiempo que se incendiara la casa y molinos del general Schuyler, cuyas operaciones impidieron que el ejército llegara á Saratoga, á seis millas de distancia de aquel punto, hasta la tarde del dia siguiente.

Burgoyne estaba ya convencido de que no era posible continuar la ofensiva y por lo tanto no pensó ya mas que en facilitar la retirada al fuerte Jorge. En su consecuencia enviáronse algunos operarios con una fuerte escolta para componer los puentes y abrir los caminos, pero bien pronto se vieron obligados á retirarse precipitadamente (\*). Conociendo el general in-

(\*) Marshall y Gordon consignan un hecho que demuestra en qué peligro se vieron los americanos en la vispera



glés que su situación iba siendo mas crítica á cada momento, intentó una retirada por la noche á fin de dirigirse al fuerte Eduardo, pero aun este movimiento retrógrado no pudo llevarse á cabo, porque mientras el ejército hacia sus preparativos de marcha, recibióse noticia de que los americanos se habian posesionado ya del fuerte y se hallaban bien provistos de artillería. Ya no quedaba punto por donde escapar; los repetidos encuentros y las escaramuzas tenian fatigado al ejército británico, que empezaba tambien á carecer de víveres, sin que hubiese medios de procurárselos; mas á pesar de todo, los hombres sobrellevaron valerosamente sus trabajos, mientras que el bello sexo dió asimismo pruebas de una energía varonil. Hé aquí lo que dice la baronesa Reidesel en su interesante historia de aquella época: «El enemigo comenzó á cañonear de una manera furiosa la casa donde yo me habia refugiado con mis hijos, creyendo que todos los generales se hallaban en ella. ¡Ay de mí! allí no ha-

misma de obtener una victoria. Segun parece, Gates recibió la noticia de que el grueso de las tropas del ejército de Burgoyne se habia puesto en marcha para el fuerte Eduardo y que solo quedaba en el campamento inglés una retaguardia que debia luego retirarse aceleradamente abandonando los bagajes. En vista de esto, el general americano dispuso que el general Nixon atacara dicho campamento dentro de media hora, y al efecto este jefe á la cabeza de la brigada mas aguerrida, cruzó por Saratoga Creek, punto donde sin saberlo los americanos, habia formado Burgoyne una línea detrás de la espesura del bosque para apoyar á la artillería cuando se emprendiera el ataque. El general Glover iba á seguir con sus fuerzas al general Nixon, cuando al entrar en el agua, vió que cruzaba un soldado inglés, á quien llamó é interrogó. Este soldado, que era un desertor, dió la importante noticia de que todo el ejército británico se hallaba en su campamento, y entonces despues de ordenar á Nixon que se detuviese, dióse parte de aquella novedad á Gates, quien espidió una contra-órden llamando á sus tropas, que no consiguieron retirarse sin que la artillería del enemigo les ocasionara algunas pérdidas. El general Wilkinson confirma en sus memorias este hecho, refiriéndolo con sus menores detalles. Véase la *Historia de la revolucion Americana* por Gordon, vol. II, pág. 261.

bia mas que heridos y mujeres y al fin tuvimos que bajarnos á la cueva, donde permanecí con mis niños todo el dia y gran parte de la noche sin poder cerrar los ojos. Once balas de cañon atravesaron la casa, y una de ellas se llevó la pierna de un pobre soldado que se hallaba tendido en una mesa para que le practicaran la amputación de la otra. Sus compañeros le abandonaron, y cuando volvimos á prestarle algun auxilio, hallábase acurrucado en un rincon del cuarto mas muerto que vivo y sin alentar apenas. Mis reflexiones acerca del peligro en que se hallaba mi esposo y la presencia de mis hijos fué lo único que pudo sostenerme en aquel apurado trance.» La cueva estaba llena de mujeres aterra- das y de oficiales heridos, á quienes la baronesa atendió con el mayor celo, privándose de su propio alimento para dárselo á los mas necesitados. Cierta dia fueron á verla su esposo y el general Philips con inminente riesgo de sus vidas, y al retirarse, dijo el último: «Aunque me dieran diez mil guineas no volveria á esta casa, porque salgo con el corazon destrozado.» Aquella triste situación continuó aun por espacio de algunos dias, hasta que la baronesa recibió la agradable noticia de haber cesado las hostilidades.

En la mañana del 14 de octubre Burgoyne envió el siguiente mensaje al comandante americano: «Despues de haberos vencido dos veces, el teniente general Burgoyne ha esperado dos dias en la posición que ahora ocupa, resuelto á presentaros por tercera vez la batalla contra todas las fuerzas que tuvierais á vuestra disposición. No se le oculta al general la superioridad numérica de vuestras tropas y la situación que ocupan, no solo con el objeto de impedir que nos lleguen víveres, sino para que nuestra retirada se

convierta en una escena de sangrienta carnicería; y en este caso, impulsado por un sentimiento humanitario, créese en el deber de salvar las vidas de muchos valientes bajo honrosas condiciones, con arreglo á los precedentes y principios establecidos en la guerra. Si el Mayor general Gates se inclinase á tratar sobre este punto, el general Burgoyne le propondría una suspensión de armas durante el tiempo necesario para fijar las condiciones á que en el último extremo se sometería él y su ejército.» Empleáronse dos dias para discutir y arreglar las condiciones con que debia efectuarse la rendición, y en la mañana del 17 de octubre se convino formalmente en capitular. Gates quiso en un principio que á todos los enemigos se les considerase como prisioneros de guerra, pero sabiendo que Clinton hacia grandes esfuerzos en el Hudson con el fin de auxiliar á Burgoyne, no creyó conveniente mostrarse demasiado tenaz en aquel punto. Las condiciones eran en resumen las siguientes: que el ejército saldría del campamento con todos los honores de la guerra para dirigirse á un punto fijo, donde se deberian depositar las armas y demás efectos de guerra, facilitándose luego un buque para que los ingleses se trasladasen á Europa desde Boston, pero con la condicion de que no volvieran á servir en América durante aquella guerra. El ejército no podria dividirse; permitiase á los oficiales conservar sus espadas, y á todos en general sus bienes particulares, sin que se autorizara á nadie para practicar registros de ninguna especie. Todos los particulares, fueran del pais que fuesen, que iban con el ejército quedaban comprendidos en las condiciones de la capitulación, siendo una de aquellas que los canadenses volvieran á su pais (\*).

(\*) Wilkinson, que era ayudante general, refiere en sus

A principios de octubre, cuando la situación de Burgoyne iba siendo cada vez mas crítica, hallábase Clinton en Nueva-York esperando ansioso la llegada de tropas á fin de dirigirse al Hudson para auxiliar al general inglés. Por fortuna para la causa americana, los buques emplearon tres meses en el viaje, y á su arribo, Clinton hizo sus preparativos para atacar los fuertes Clinton y Montgomery, situados en Highlands, poniéndose á la cabeza de tres mil hombres y seguido de los buques de guerra á las órdenes del comodoro Hotham.

Estos fuertes estaban situados en una eminencia de difícil acceso en la parte oriental del rio, á unas cincuenta millas de Nueva-York, y les separaba un riachuelo que bajando por las colinas, iba á desaguar en el Hudson. Precisamente en aquel punto habíase interceptado el paso por medio de gran-

*Memorias* los pormenores de la primera entrevista que tuvo lugar entre el vencedor y el vencido: hélos aquí. «El general Burgoyne deseaba ser presentado al general Gates, y al efecto cruzamos por Fishkill, dirigiéndonos á caballo al cuartel general. El general Burgoyne iba en primer término con su ayudante general Kingston y sus ayudantes de campo el capitán Lord Petersham y el teniente Wilford, á los cuales seguian el Mayor general Philips, el baron Reidesel y los demás oficiales generales y séquito correspondiente á su rango. El general Gates, á quien se habia anunciado aquella visita, recibió á la entrada de su campamento á Burgoyne, que lucía un rico uniforme real, en tanto que su contrario solo llevaba una casaca azul. Cuando se hubieron aproximado á la distancia de media vara hicieron alto, y habiendo yo nombrado entonces á todos los caballeros, el general inglés saludó cortesmente y dijo con la mayor finura: «La fortuna de la guerra, general Gates, me ha hecho vuestro prisionero.» A lo cual el vencedor replicó saludando á su vez con política:—«Siempre estaré dispuesto á reconocer que no ha sido por ninguna falta de Vuestra Excelencia.» Entonces se adelantó el general Philips, y saludando á Gates, estrecháronse ambos las manos con la familiaridad de antiguos amigos. El baron Reidesel y otros oficiales fueron presentados luego. El doctor Ramsay dice tambien en su *Historia de la revolucion americana*, pág. 368, que la conducta del general Burgoyne en su entrevista con el general Gates fué sumamente digna, y el historiador no sabe qué admirar mas, si la magnanimidad del general victorioso ó el valor del general vencido.